



Kasimir Kasiblanco va a la escuela

Angela Sommer-Bodenburg

Ilustraciones de Dani Padrón



Un fantastelo poco corriente

Era sábado, 19 de septiembre. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche. A esas horas no quedaban luces encendidas en la mayoría de las casas de Schwarzenburg. Las calles estaban desiertas, e incluso la gran escuela de planta cuadrada daba la impresión de estar abandonada.

¡Pero por supuesto que no lo estaba! Las clases ya habían comenzado en las aulas que daban al patio interior, pues no se veían desde la calle. Sin embargo, no eran niños humanos los que estudiaban allí, ¡eran niños fantastelos! Volaban a la escuela por la noche, cuando los niños humanos ya llevaban tiempo en la cama.

En el aula de dibujo, Olivia Blancoopaco, la profesora de primer curso, había repartido cajas de

pinturas, pinceles, vasos con agua y láminas de dibujo. Sus doce alumnos flotaban en el aire pintando estrellas, lunas y cometas.

De pronto, Maximilian y Moritz Reitero exclamaron al unísono:

—¡Ahí está Kasimir!

Maximilian y Moritz eran gemelos, tan parecidos que ni siquiera sus padres podían distinguirlos.



—¿Kasimir está aquí? —A Mina Canguelo se le cayó el pincel de la emoción.

El pincel aterrizó en su dibujo de estrellas y dejó un enorme borrón amarillo.

—No he visto a nadie —murmuró Arno Timorato. Flotaba en la esquina posterior del aula y dibujaba un cometa rojo con una larga estela amarilla.

—Sí, era Kasimir —dijo Maximilian—. Lo he visto claramente.

—Yo también —dijo Moritz—. Ha pasado volando ahora mismo con sus padres.

—¡Entonces vendrá a clase de dibujo con nosotros! —Mina estaba muy emocionada.

—No lo creo —dijo Olivia Blancoopaco—. Kasimir y sus padres van a ver a Wieland Arrojo. Tienen que hablar de algo importante.

—Probablemente hablen de cómo conseguir que Kasimir crezca más rápido —exclamó Arno Timorato.

—¡Arno, por favor! —Olivia Blancoopaco le lanzó una mirada reprobatoria.

—¿Acaso Kasimir no es enano? —dijo Arno riéndose. Su risa sonó como una puerta mal engrasada.

Olivia Blancoopaco carraspeó tres veces con fuerza. Hacía eso cuando alguien estaba a punto de decir una tontería, aunque Arno parecía haber olvidado el significado del triple carraspeo.

—Kasimir es tan pequeño que se necesita una lupa para verlo —pregonó a los cuatro vientos.

—¡Ya está bien! —dijo Olivia—. Los fantastelos no nos reímos de nadie..., da igual que sea gigante o pequeño. Además, Kasimir es muy grande para su edad.

—¿Qué edad tiene? —quiso saber Zita Tembleque.

—Seis días —contestó Olivia.

—¿Seis días? —repitió, incrédula, Zita.

Al instante, los fantastelos comenzaron a hablar todos a la vez:

—¿Lo sabíais...?

—No...

—¡Y ya dibuja tan bien...!

—Mi hermana tiene cuatro semanas y no sabe ni hablar...

—Pensé que Kasimir tenía dos años...

—Yo también...

—Yo pensé que tenía tres años.

—¡Silencio, niños! —rogó Olivia Blancoopaco.

Esperó a que los alumnos atendieran de nuevo. A continuación, les contó que Kasimir había comenzado a hablar a los dos días de vida y que ya sabía leer y contar.

—A leer y a contar aprendemos en segundo curso —se sorprendió Olaf Ohquehorror.

—Sí. Y pasan varios años hasta que sabéis leer y contar bien —dijo Olivia Blancoopaco—. Como veis, Kasimir es un fantastelo poco corriente.

—Su simpatía sí que es poco corriente —dijo Mina Canguelo suspirando.

2

¡Menuda sorpresa!

Un cuarto de hora más tarde, tocaron a la puerta del aula de dibujo.

—¡Alguien ha llamado a la puerta! —exclamó Mina.

Notó que el corazón se le aceleraba, y pensó: «¿Será Kasimir?».

—Yo no he oído nada —gruñó Arno Timorato mientras seguía pintando un cometa.

—¡Mira a ver, Mina! —dijo Olivia Blancoopaco.

Mina Canguelo metió el pincel en agua y atravesó el ojo de la cerradura.

En efecto, fuera, en el pasillo, estaba flotando Kasimir Kasiblanco.

Su madre le había puesto un chándal amarillo que había encontrado en una maleta llena de ropa para

niños. Llevaba a juego un gorro de rayas blancas y amarillas bajo el que asomaba su rizo blanco.

—¡Kasimir! —se alegró Mina.

Había crecido hasta alcanzar la altura de un fantastelo de un año. Por lo demás, la nariz ligeramente curvada hacia arriba, las orejas de soplillo a los lados de la cabeza y los ojos color ámbar seguían igual que hacía dos días.

—¡Buenas noches, Mina! —dijo observándola con admiración.

Mina tenía los ojos azul turquesa, el pelo rizado y naranja, y muchos puntitos dorados en la cara, como la madre de Kasimir, Malwine Kasiblanco. Los humanos llamaban a esos puntitos *pecas*, pero los fantastelos las conocían como *motas lunares*. Para Kasimir, Mina era la fantastela más bella que jamás había visto, pero eso no lo podía decir, claro.

Mina tampoco sabía cómo iniciar una conversación.

En ese instante, Olivia Blancoopaco apareció por el ojo de la cerradura.

—¿Kasimir? ¿Tú? ¡Menuda sorpresa! —exclamó.

—Buenas noches —dijo Kasimir.

—¿Quieres venir con nosotras al aula de dibujo? —preguntó Olivia.

—Si no molesto... —contestó.

—Nunca molestas —dijo Olivia.



—Pero Wieland ha dicho que no puedo quedarme mucho tiempo —dijo Kasimir tocándose el rizo con timidez.

—Mejor una visita rápida que nada —opinó Olivia.

—Hoy estoy pintando la Vía Láctea —añadió Mina Canguelo.

—¿El cinturón ancho y luminoso que proviene de la fusión del resplandor de muchas estrellas muy lejanas entre sí? —preguntó Kasimir.

Lo había leído en una pizarra cuando iba con sus padres mirando las aulas que estaban iluminadas.

—¿Cómo dices? —preguntó Mina.

—Lo ponía en una pizarra —explicó Kasimir.

—Los fantastelos aprenden qué es la Vía Láctea en décimo curso —dijo Olivia—. Nosotros, en primero, solo la dibujamos.

Helmo Finísimo, que tenía fama de ser muy curioso, salió por el ojo de la cerradura en ese momento.

—¡Por todos los fantastelos! ¡Es Kasimir! —exclamó.

«¡Por todos los fantastelos!» era su expresión favorita y la usaba siempre que podía.

Tras él salió Klara Sigilo, que también era muy curiosa.

—¡Kasimir! ¿Cómo estás? —exclamó.

—¿Yo? Bien —dijo Kasimir.

Los siguientes en salir por el ojo de la cerradura fueron Maximilian y Moritz Reitero.

—¡Hola, Kasimir! —exclamaron los dos al unísono.

—Pero ¿qué es esto? ¿Acaso vamos a tener hoy clase de dibujo en el pasillo? —dijo Olivia Blancoopaco colocándose las gafas.

—¡Sí! —exclamaron Maximilian y Moritz.

—¡Oh, sí! —dijo Klara Sigilo—. ¡Podemos pintar las paredes!

—No vamos a hacer eso. —Olivia dio unas palmadas y ordenó—: ¡Volved todos al aula!

Los fantastelos fueron desapareciendo uno a uno hacia el aula de dibujo. Mina Canguelo atravesó el ojo de la cerradura en último lugar. Kasimir no se movió ni un ápice.

—¿No quieres venir? —preguntó Olivia Blancoopaco.

—Sí —contestó—. Pero has dicho *volved* al aula de dibujo y yo no he salido de allí. Yo venía del estudio de Wieland Arrojo.

Olivia sonrió.

—En ese caso, ahora mismo te invito a nuestra clase de dibujo... ¡Serás el invitado de honor!

—Invitado de honor, no —rogó Kasimir—. Solo Kasimir.

—¿No te gusta el trato especial?

—No quiero ser especial —negó con la cabeza.

—No lo serás —aseguró Olivia.

Desapareció en el aula de dibujo y Kasimir la siguió.